

Discurso San Isidoro

28 abril de 2014

Cuentan de Menéndez Pelayo que sus últimas palabras fueron: “Qué pena morir cuando me queda tanto por leer”. Sea o no una simple anécdota muestra con sencillez el placer que encontraba este poeta e historiador en el saber. Para los que aún estamos aprendiendo es un pensamiento paradójicamente consolador: siempre quedará algo por saber. De un deseo parecido nacen las universidades y los momentos de cambio como estos vienen muy bien para hacerse de nuevo las preguntas esenciales, que nunca son nuevas. ¿Para qué sirve hoy la universidad? ¿Tiene sentido venir aquí más allá de conseguir un título o de ganarle cuatro años al paro a ver si mientras tanto se arreglan las cosas? Algo deberíamos estar buscando y si no lo estamos haciendo quizás vamos con retraso. Toda la etapa universitaria es un constante buscar: buscar, por ejemplo, las fuentes necesarias para tu noticia, buscar la manera de contar algo a través de la cámara, buscar la metáfora de un poema o un documento que resuelva una investigación.

Pero en el fondo hay una pregunta: ¿Qué buscamos tras todo eso? El poeta sevillano Antonio Machado tiene una bella respuesta: “¿Tu verdad? No, la verdad. Y ven conmigo a buscarla. La tuya guárdatela”. Es una afirmación, cuando menos provocativa. Muy distinta de la cuarteta de otro conocido poeta y pensador español, Ramón de Campoamor: “En este mundo traidor, nada es verdad ni mentira, todo es según el color del cristal con que se mira”. Dos respuestas totalmente contradictorias y una pregunta para la que en ocasiones parece no haber contestación.

Hace apenas unos minutos hemos pedido a la fuente de inspiración de toda la obra de San Isidoro “una búsqueda atenta y una aceptación generosa de la eterna verdad”. Esta frase que puede habernos pasado

desapercibida pretende, como la de Machado, encerrar la clave de la sabiduría: saber reconocer y aceptar la verdad. En un mundo en el que la palabra «verdad» se dice con miedo, y casi siempre para negar su existencia o la posibilidad de alcanzarla, aquí se presenta como un tesoro que se puede buscar y que cuando uno se encuentra frente a ella, se puede aceptar o negar. Y aun en medio de un ambiente así el estudio del saber de todos los siglos se nos muestra como una luz, como el brillo de aquellos que antes que nosotros se han enamorado de ella.

Estamos en un lugar que desde sus orígenes ha sido un espacio privilegiado para esta búsqueda: la universidad. Si ponemos en común nuestros descubrimientos, académicos y personales, podemos constatar la fascinación que produce llegar al mismo punto desde la transversalidad de los saberes. El gran arquitecto de la Sagrada Familia, el maestro Gaudí decía que “el Arte es el esplendor de la luz de la Verdad: sin Verdad no hay arte”. Gaudí habla del Arte en sentido universal. Podríamos, por tanto, extrapolar esta bella frase a todos los saberes: sin verdad no hay Historia, no hay Periodismo, no hay, desde luego, Filosofía, ni comunicación alguna. Ni universidad.

Pero ante cualquier defensa a ultranza de la verdad hay que preguntarse si se corresponde con la realidad. Si no se corresponde, diría Tomás de Aquino, no estamos hablando de la verdad. Es cierto que nuestra experiencia nos muestra que en muchas ocasiones las dificultades para alcanzar la verdad son demasiadas. En el mundo del periodismo y de la comunicación podemos estar muy entregados a la defensa de la verdad pero muchas veces tenemos limitaciones: tanto económicas como ideológicas. Y el ámbito humanístico y de la investigación tampoco está exento de dificultades. Las normas de regulación académica, la importancia del impacto y la presión de las publicaciones a veces ocultan el verdadero

sentido de la búsqueda. Existe pues el riesgo de perder el fin de la investigación y de la docencia por la preocupación extrema de que todo lo que hagas contabilice.

Desgraciadamente, incluso los que tenemos poca experiencia, sabemos que no siempre se accede a correr los riesgos de buscar. El Papa Francisco dice sobre esto en la *Evangelii Gaudium*: “aparecen constantemente nuevas dificultades, la experiencia del fracaso, las pequeñeces humanas que tanto duelen. Todos sabemos por experiencia que a veces una tarea no brinda las satisfacciones que desearíamos, los frutos son reducidos y los cambios son lentos, y uno tiene la tentación de cansarse. Sin embargo, no es lo mismo cuando uno, por cansancio, baja momentáneamente los brazos que cuando los baja definitivamente dominado por un descontento crónico, por una acedia que le seca el alma”.

Este desánimo y cansancio puede hacernos pensar que ser realistas es claudicar y que ser prácticos es rendirse. Pero no solo tenemos experiencia de lo malo sino también de que hay signos en la vida que hacen de guías y que nos recuerdan que, aunque no siempre lo veamos claro, está ahí y merece la pena el esfuerzo.

En este sentido, Kapuściński, añade un toque de esperanza al ambiente de pesimismo en torno a la práctica de la profesión periodística y que también nos vale a los humanistas: “Esos aspectos positivos de los medios existen porque en el mundo entero, en las redacciones de los diarios, estudios de la radio y emisoras de televisión, hay gente extraordinaria, gente sensible y de gran talento, gente que siente que el prójimo es algo muy valioso y el planeta en que vivimos un lugar apasionante, merecedor de ser conocido, comprendido y salvado”. Si alguno de los presentes nos sentimos así, quizás el mundo no esté tan mal como pensamos.

El hecho de habernos encontrado con la verdad nos recuerda una vez más que realmente existe. La conciencia del error no puede hacernos dudar de su existencia. En la universidad esto lo vemos a diario: cuando no se encuentra la respuesta debes seguir buscando, no dudar de que verdaderamente la haya.

Y este es en el fondo el fin de la universidad. Un lugar donde profesores y alumnos se encuentran para buscar la verdad y defenderla. Y solo creyendo en la verdad se hallará, y entonces podrá comunicarse. Pero para comunicar hay que saber. La sabiduría es un don de los más valorados en la Antigüedad, se considera la limosna más preciosa que dar a los semejantes.

San Isidoro aconseja a sus clérigos que no ejerciten su saber por afán de lucro, sino con espíritu de caridad. Quizás el consejo que da San Isidoro nos vale tanto para profesores como para alumnos como un remedio perfecto contra el academicismo estéril y la acumulación de saberes. Dice el santo: “derramad el bien que habéis atesorado; no os canséis nunca de aprender y enseñar. La sabiduría dándola aumenta; escondiéndola se oscurece”. Y aquí es donde convergen nuestras materias. Puede parecer que un periodista y un humanista, que un comunicador y un historiador no tienen nada que ver, pero si el saber es para darlo entonces ambos tenemos la misma vocación: ser altavoces de la verdad. Buscar, en definitiva, con una profunda sinceridad de corazón y como hizo en su día un grupo de buscadores hace dos mil años, contar lo que hemos visto y oído. También san Francisco de Sales, patrón de los periodistas, tuvo muy claro esto. Una parte de su misión fue aclarar los errores, compartir la verdad que había descubierto a los habitantes de la difícil región de Chablais. Y a san Isidoro se le describe como aquel cuya tarea fue luchar contra la anarquía y la ignorancia. Una bella y difícil misión, como la nuestra.

Ahora que se acerca el final de esta reflexión querría aprovechar la ocasión para agradecer a aquellos que me habéis acompañado en mi particular camino de búsqueda de la verdad, comenzando por mi familia, que son los primeros que enseñan a buscar, y siguiendo por mis compañeros. Juntos hemos compartido debates, preguntas y descubrimientos personales que han enriquecido el recorrido de todos y que han solidificado una amistad que durará para siempre. Y de una amistad igual de sólida y de una búsqueda igual de intensa podríamos hablar al pensar en Pastoral, uno de los mejores regalos de la universidad para quienes hemos tenido la suerte de pasar por allí alguna vez. Gracias también a otra parte fundamental de la universidad, el personal de administración y servicios, que nos han acostumbrado a acompañar sus soluciones de todo tipo con una sonrisa. Y gracias especialmente a mis profesores por ser a la vez guías y acompañantes, orientadores y también buscadores. Y una petición para vosotros. Por favor, sed exigentes en vuestra búsqueda porque solo así seréis verdaderamente educadores. El alumno percibe cuándo al profesor le importa transmitir y pone su vida en ello y cuándo no ama lo que hace. Compartid siempre lo que aprendáis, poned entusiasmo en lo que enseñáis, dejaos asombrar de nuevo por lo que sabéis, porque así nosotros sabremos qué es lo que llena vuestra vida para llenar la nuestra. De esta forma seréis para muchas generaciones reflejo de aquel que es el Maestro por excelencia. Muchas gracias.